



La oración-homenaje al dirigente socialista Pedro Zerolo celebrada recientemente en la iglesia de San Antón y promovida por el padre Ángel (Mieres, Asturias, 11 de marzo de 1937) ha suscitado la última polémica en torno a este sacerdote que, a sus 78 años, sigue fiel a su filosofía de que «es mejor pedir perdón que permiso». El arzobispo de Madrid, Carlos Osoro, le ha afeado que usara el templo «para hacer manifestaciones ideológicas», al permitir la presencia de un pastor protestante portando una estola con los colores de la bandera gay en este acto en recuerdo al activista homosexual, que fue buen amigo del sacerdote asturiano. El padre Ángel asume la bronca pero no entiende por qué no se le recrimina también la celebración, esa misma semana, de un homenaje similar al delegado del Gobierno en Ceuta, Francisco Antonio González, a petición de la presidenta de la Comunidad de Madrid, Cristina Cifuentes. Así es él. Este incidente, por llamarlo de alguna manera, refleja muy bien lo que ha sido la trayectoria de una persona que no deja indiferente a quien se cruza en su camino. Unos le han llamado *facha* y otros *rojo*, pero lo cierto es que, con amigos en todos los bandos y siendo muy querido por muchos políticos, el único color que entiende su corazón es el blanco nuclear que irradia su bondad. Es cierto que este cura sencillo y campechano —siempre con traje y corbata, aunque con nudo holgado, del que no ahoga— tiene amigos en las más altas esferas, pero sus preferidos están en los rincones marginales y entre los más débiles, especialmente los pequeños y los ancianos.

Uno de los primeros destinos de Ángel García, recién ordenado sacerdote, fue la capellanía del antiguo orfanato de Oviedo. Allí clarificó la vocación de servicio a la infancia, haciendo de aquel espacio lo más parecido a un hogar donde ofrecer a los niños un desarrollo personal y psicosocial completo. Así nacieron los primeros Hogares de Mensajeros de la Paz, que pronto se fueron extendiendo por toda España y después en otros muchos países, principalmente de América Latina. Con el paso del tiempo, la actividad de este cura infatigable se fue diversificando, creando proyectos y recursos destinados a la protección y mejora de la calidad de vida de otros sectores sociales vulnerables como discapacitados físicos y psíquicos, mujeres víctimas de la violencia doméstica, inmigrantes, etc. En los últimos años, y especialmente en países occidentales, una de las preocupaciones principales del padre Ángel son las personas mayores, frecuentes víctimas del olvido. Para ellos ha creado residencias de ancianos, centros de día y otros proyectos destinados a favorecer sus condiciones de vida y su integración social. A él se debe, por ejemplo, la invención del famoso *Teléfono de la esperanza*.

Hace más de dos décadas que su actividad traspasó las fronteras para atender a la población desfavorecida de países en vías desarrollo. También es frecuente verle organizando, con la asistencia de su ejército de voluntarios y colaboradores, ayuda humanitaria urgente para países que han sufrido desastres naturales o atraviesan momentos de dificultad especial. Así lo hizo cuando el huracán Mitch asoló Centroamérica; en la crisis argentina; durante las guerras de Irak o el Líbano; para paliar los efectos del tsunami en el sudeste asiático; o ante los terremotos en El Salvador, Irán y, más recientemente, Nepal.

Aunque a él le gusta quitarle importancia, entre las muchas condecoraciones internacionales que ha recibido quizá la más destacada sea el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia. Sus principales detractores (la mayoría de ellos procedentes de sectores críticos de la propia Iglesia católica) le achacan un exceso de activismo y cierto carácter egocéntrico que hace que sus acciones se acompañen con frecuencia de cámaras para dar fe de ellas y amplificar el impacto de su trabajo. No entraremos nosotros a juzgar estos extremos, pero sí podemos dar fe —como la fe que le mueve en toda esta aventura— de que su compromiso con la justicia y, ante todo, con la persona le hacen merecedor de nuestros mayores respetos. Así pues, si el padre Ángel es sinónimo de ególatra... ¡Qué se llene el mundo de esta egolatría! */